

—Sí, caballero, respondió la vendedora reconociendo á Gustavo.

—Pues bien, ¡todavía está fresco!

—Entónces ¿por qué aquella señorita me ha comprado otros cuatro enteramente semejantes despues, diciéndome que el primero se habia marchitado?

Todo lo comprendió Gustavo. Para estar segura de que el rosal no moria, cada vez que mudaba hojas, Nichette lo reemplazaba con otro. Cuatro ocasiones habia cometido esta deliciosa superchería, sin que Gustavo la conociese. Amaba á su amante, y temblaba de que la abandonase!

Gustavo corrió á casa de la muchacha, y la saltó al cuello. Ella le confesó la verdad, y desde aquel dia apenas se separaban un momento.

Gustavo habia contado esta historia á Edmundo, y éste tuvo deseos de conocer á Nichette, hácia la cual desde entónces concibió una sincera amistad que la griseta le correspondia con toda su alma.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ado. 1925 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO V.

CONFIDENCIA.

A menudo, Edmundo venia á platicar horas enteras con la griseta en su cuartito de la calle Godot, que Gustavo enriquecia todos los dias con esos lindos juguetes de fantasía.

La muchacha trabajaba continuamente, inclinando su cabeza, ora á la derecha, ora á la izquierda, para examinar el efecto de su obra, con un movimiento lleno de gracia. Sus cabellos rubios rizados al derredor de su cabeza, le formaba una especie de corona bajo las encantadoras fallitas de punto, de flores, de listones, que Gustavo la exigia se hiciese, porque él tenia un cuidado particular de aquella cabecita rubia y rosada.

La señora de Péreux conocia muy bien que aquellas relaciones no serian eternas, pero conociendo la verdadera afeccion que Gustavo profesaba á Nichette, habia querido por una especie de dulce proteccion, satisfacer la prueba de amor que la muchacha habia dado al ca-

marada de su hijo, y recompensar á Gustavo de la fina amistad que dispensaba á Edmundo.

La señora de Péreux era una muger muy pura, para no hallarse fuera del alcance de las preocupaciones, y he como, ignorando al parecer las relaciones que existian entre la griseta y Daumont, habia recibido varias veces á la muchacha, segun hemos referido ya; de manera que Nichette, á quien era conocida toda la delicadeza de la conducta de la madre de Edmundo, se hubiera arrojado al fuego por ella.

—¿Qué has hecho en la mañana de hoy? dijo la señora de Péreux á su hijo, cuando la hubo besado la mano, y sentándose, segun la costumbre de su infancia, á sus pies en un cogen.

—Nada, mi buena madre; me he paseado con Gustavo.

—¿Por qué no subió á verme?

—Porque iba á la calle Godot; pero esta noche nos visitará.

—¿Qué tienes? añadió la señora de Péreux; pareces preocupado!

—¿Todo lo adivinas, madre mia!

—Pues ¿qué te sucede?

—Oh! no tengas cuidado, nada que sea peligroso; una aventura muy sencilla.

—Cuéntamela.

La señora de Péreux se puso á trabajar en su bordado, y Edmundo la refirió entónces todo lo que le habia acontecido en la mañana.

—¿Y esa muchacha es bonita? preguntó la señora.

—Hechicera.

—¿Rubia?

—Rosada.

—Va á adorarte cuando te conozca!

—¿Por qué lo crees así, madre mia?

—¿Seria cosa de ver que no amase á mi Edmundo! . . . Pero ¡cuidado con las imprudencias, querido niño!

—¿Qué imprudencias quieres que cometa?

—¿Lo sé yo acaso? Pero, cuando uno está enamorado, es siempre imprudente.

—¿Si yo no estoy enamorado todavía, querida madre!

—Mas estás próximo á ello. . .

—Y si llego á estarlo, ¿te enfadarás conmigo?

—¿Puedo yo enfadarme contigo por algo, Edmundo de mi alma? Si tú amas á esa linda jovencita, y ella te corresponde y es de una familia honrada, se la pedirás á su padre, que tendrá muchísimo placer en dártela, y en lugar de un hijo, tendré dos. . . solo que, de los dos, habrá siempre uno al que ame mas que á la otra.

—¿Cómo lo arreglas todo!

—Todo esto ¿no es muy posible? Yo me casé con tu padre casi casi sin conocerlo; tú puedes, pues, dar tu mano á una señorita que te gusta. . .

—¿Qué buena eres!

—Todo me lo contarás ¿verdad?

—¿Te he ocultado nunca alguna cosa?

—Y ahora ¿qué vas á hacer?

—Mañana me presentaré en casa del señor de Devaux.

—¿Con qué pretexto?

—Con el pretexto de que estoy enfermo, y voy á hacerle una consulta.

Al percibir estas palabras, la señora de Péreux palideció de un modo visible.

—¿Qué tienes, madre mia? la preguntó con instacia Edmundo.

—Nada, hijo, nada. . . Solamente, que apreciaria muchísimo que tuvieras otro pretexto.

—Por qué?

—Ya sabes cuán supersticiosa soy.

—Nada temas, estoy bueno y sano.

La señora de Péreux abrazó á su hijo: tenia los ojos llenos de lágrimas.

—Cómo! . . . Estás llorando? . . . la dijo Edmundo arrodillándose ante ella, y tomando sus manos entre las suyas. Por qué lloras? . . . ¿te he afligido yo? . . .

—Ya no lloro, hijo de mi corazón. Pero pienso en la posibilidad de que te cases, y me aflige por el pronto la idea de que amarás mas á tu muger que á tu madre. . . .

—¿Nunca, madre mia, nunca! ya lo sabes bien!

—No digas eso, niño. . . . Pero, que seas di-

choso, de cualquiera manera que percibas la felicidad. . . eso es todo lo que pido á Dios!

Mas no era éste el pensamiento que habia hecho correr las lágrimas de la señora de Péreux, porque si él la hubiera conmovido, lo habria hecho desde el principio de la relacion de Edmundo.

¿Qué temores, pues, habian asaltado repentinamente el corazón de la jóven madre?

Mas tarde lo sabremos.

Ella hizo todo lo que pudo para que Edmundo olvidase aquel momento de tristeza. Volvió á continuar su bordado, cambió de conversacion, y aparentó una loca alegría. Pero Edmundo, que conocia el carácter de su madre, adivinó facilmente que aquella alegría no era franca, y que algo la preocupaba.

Por la noche, la señora de Péreux tomó á Gustavo aparte, y le dijo:

—Trate vd. de que Edmundo no vaya mañana á casa del señor Devaux.

